

47. Crecimiento Cristiano

E. J. Waggoner

El crecimiento es el proceso de desarrollo por el cual aquello que es inmaduro avanza hacia un estado de perfección. El crecimiento es tanto una posibilidad como una necesidad de la vida espiritual, al igual que de la vida física. La vida espiritual comienza con un nacimiento, el *nuevo nacimiento*. El individuo es entonces un bebé en Cristo. Si permaneciera siempre como un bebé, no podría convertirse en un soldado de la cruz, soportando las dificultades en el servicio de su Maestro. No podría participar de la *vianda sólida* que, junto con la más sencilla *leche de la palabra*, se provee en el Evangelio de Cristo. De la condición de bebé, debe pasar a la de la plena estatura de la madurez en Cristo; y esto solo puede lograrse mediante el crecimiento.

¿Cuáles son los elementos esenciales para el crecimiento? Casi cualquiera puede decir lo que es necesario para el crecimiento de una planta, pero casi nadie parece comprender lo que es necesario para el desarrollo como cristiano. Sin embargo, no requiere mayor esfuerzo saber lo que es necesario en un caso que en el otro. Un cristiano no es sino una planta en el huerto del Señor; y las plantas espirituales, como cualquier otra, necesitan abundante agua, buena tierra y luz solar.

Todo esto lo ha provisto el Señor para su huerto, y solo queda que sus plantas asimilen lo que encuentran. Pero hay una extraña perversidad en estas plantas de la especie humana, que no se observa en el mundo físico. El Señor se queja al profeta Jeremías de su pueblo de antaño, que aunque los había plantado como *una vid escogida, una semilla enteramente buena*, sin embargo se habían *convertido en la planta degenerada de una vid extraña*; y así ocurre con muchos ahora que han disfrutado de privilegios similares. No hay falta en la provisión que Dios ha hecho; pero hay un principio maligno que se abre camino en la planta y pervierte su naturaleza, causando degeneración y la pérdida final de todo lo noble y bueno.

Es la naturaleza de una planta volverse hacia el sol; pero en el huerto espiritual de Dios se ven algunas plantas que intentan crecer de otra manera. Hay algunas que intentan crecer por algo inherente en sí mismas. Por supuesto, no se puede lograr crecimiento de esta manera. ¡Imagina una planta tratando de hacerse crecer, esforzándose —si es que fuera capaz de

esforzarse— para volverse más alta y fuerte y hundir sus raíces más profundamente en el suelo! La idea es absurda; sin embargo, esto es lo que muchas personas piensan que deben hacer para crecer como cristianos. Pero Cristo dijo: «¿Y quién de vosotros podrá con afanarse añadir a su estatura un codo?» (Lucas 12:25, RVR1960). ¿Quién pensaría en esforzarse para crecer físicamente? Es cierto que el ejercicio influye en el crecimiento, pero no es la causa del crecimiento, ni hay nada que el hombre pueda hacer para causarlo. El principio de desarrollo está en toda organización humana por naturaleza, y se afirma como un principio de todos los seres vivos; y todo lo que el hombre puede hacer es asegurar aquellas condiciones dentro de las cuales este principio pueda operar para el mayor bien del individuo. Así es en el mundo espiritual. El principio de crecimiento es implantado por Dios en el nuevo nacimiento, y solo necesita las condiciones adecuadas para que el bebé en Cristo crezca hasta la plena estatura de la madurez cristiana. El hombre puede interferir con este principio y reprimirlo, pero no puede crearlo. Pero el diablo, que comprende todo esto, continuamente pone a los hombres a trabajar para intentar crecer por su propio esfuerzo. Él quiere que los hombres piensen que, afanándose y haciendo una gran cantidad de buenas obras, pueden añadir un codo a su estatura en Cristo. Y los hombres intentan este plan, como lo han estado haciendo durante siglos en el pasado, y siguen intentándolo hasta que descubren que no funciona. Descubren que después de años de tales esfuerzos, no son cristianos más fuertes de lo que eran al principio, ni alcanzan una mayor altura en la atmósfera espiritual del cielo. Entonces se desaniman, y el diablo, que sabía cuál sería el resultado, viene y los tienta, y los encuentra listos para caer presa fácil de sus artimañas.

Pero no hay imposibilidad en el camino del crecimiento cristiano. La dificultad fue que no comprendieron la naturaleza de ese crecimiento. No conocían las condiciones bajo las cuales únicamente podía tener lugar. No fueron instruidos por lo que Dios ha revelado en su palabra y en la naturaleza. Una planta crece y se eleva y se fortalece sin ningún esfuerzo por su parte. Simplemente mira al sol. Siente la influencia vivificadora de sus rayos, y se eleva hacia la fuente de donde provienen. Todo el proceso es simplemente un esfuerzo por acercarse a la fuente de su vida. En el suelo encuentra agua y los diversos elementos que entran en su composición como planta, y el principio de asimilación dentro de ella, que posee mientras mira al sol, absorbe las sustancias a través de las raíces y hacia el tallo y las hojas. La planta

simplemente permite que el proceso continúe según esta ley de asimilación que su Creador le dio.

Así debe ser con las plantas en el huerto celestial. No pueden crecer mirándose a sí mismas; no pueden crecer mirando a otras plantas a su alrededor. Deben mirar al sol. Tampoco deben esforzarse para asimilar lo que es necesario para edificarlas y fortalecerlas, sino simplemente dejar que el proceso de asimilación continúe según la *ley del Espíritu de vida* que ha sido puesta en ellas. «*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*», es la exhortación que se nos da. Estará en nosotros si lo permitimos. Todo lo que Dios quiere de cualquier persona es que le permita obrar en ella.

El hombre está continuamente haciendo algo para obstaculizar la obra de Dios. Está continuamente poniendo el yo en el camino de Dios. Se niega a someter su voluntad a la voluntad de Dios. Y esta es toda la dificultad de vivir la vida cristiana. No es una dificultad de realizar obras, sino la dificultad de tomar la decisión correcta, de ceder a Dios y no al yo, de mirar a Cristo y no a otra cosa, y de permitir que su mente y su espíritu estén en nosotros. Él es nuestro Sol, «*Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos.*» (Malaquías 4:3, RVR1960). Si le miramos fijamente como la planta mira al sol que brilla en los cielos, si hacemos un esfuerzo constante por volvernos hacia Él como la planta hacia la fuente de su vida, y por elevarnos cada vez más hacia el resplandor de su rostro, no experimentaremos dificultad alguna en obtener la medida completa de crecimiento que deseamos.

Pero no debemos esperar darnos cuenta del hecho de que estamos creciendo, así como no podemos darnos cuenta de que estamos creciendo físicamente intentando observar cambios en nuestra estatura día a día. Si la planta apartara su cabeza del sol para mirarse a sí misma y ver lo rápido que estaba creciendo, pronto dejaría de crecer; y así también le sucede al cristiano. Cuando intenta verse a sí mismo creciendo espiritualmente, está tomando uno de los medios más efectivos para detener su crecimiento por completo.

Por lo tanto, no hay motivo para el desánimo en el hecho de que en ningún momento nos demos cuenta de este proceso de crecimiento. Está ocurriendo con la misma certeza con que ocurre en el mundo físico, y no necesitamos hacer del resultado un motivo de preocupación ansiosa. El resultado será lo que el apóstol Pablo describe en su carta a los Efesios, por

quienes oró para que fueran fortalecidos por la presencia interior del Espíritu, «y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.» (Efesios 3:19, RVR1960).

No se nos dice que crezcamos en el conocimiento de nosotros mismos o en el conocimiento de nuestra pecaminosidad o la de nuestros prójimos, sino «Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.» (2 Pedro 3:18, RVR1960). No podemos conocer su gracia y todos sus atributos a menos que los veamos; y no podemos verlos a menos que miremos a Él.

PT, 30 de noviembre de 1893